



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 15 de diciembre de 2004

Reino de paz y de bendición

1. La *liturgia de las Vísperas*, que estamos comentando en la serie de sus salmos, nos propone en dos etapas distintas el salmo 71, un himno real-mesiánico. Después de meditar en la primera parte (cf. vv. 1-11), ahora reflexionaremos sobre el segundo movimiento poético y espiritual de este canto dedicado a la figura gloriosa del rey Mesías (cf. vv. 12-19). Sin embargo, debemos señalar inmediatamente que el final —los últimos dos versículos (cf. vv. 18-19)— es en realidad una añadidura litúrgica sucesiva al salmo.

En efecto, se trata de una breve pero intensa bendición con la que se debía concluir el segundo de los cinco libros en los que la tradición judía había subdividido la colección de los 150 salmos: este segundo libro había comenzado con el salmo 41, el de la cierva sedienta, símbolo luminoso de la sed espiritual de Dios. Ahora, esa secuencia de salmos se concluye con un canto de esperanza en una época de paz y justicia, y las palabras de la bendición final son una exaltación de la presencia eficaz del Señor tanto en la historia de la humanidad, donde "hace maravillas" (*Sal* 71, 18), como en el universo creado, lleno de su gloria (cf. v. 19).

2. Como ya sucede en la primera parte del salmo, el elemento decisivo para reconocer la figura del rey mesiánico es sobre todo la justicia y su amor a los pobres (cf. vv. 12-14). Sólo él es para los pobres punto de referencia y fuente de esperanza, pues es el representante visible de su único defensor y patrono, Dios. La historia del Antiguo Testamento enseña que, en realidad, los soberanos de Israel con demasiada frecuencia incumplían este compromiso, prevaricando en perjuicio de los débiles, los desvalidos y los pobres.

Por eso, ahora la mirada del salmista se fija en un rey justo, perfecto, encarnado por el Mesías, el único soberano dispuesto a rescatar "de la opresión, de la violencia" a los afligidos (cf. v. 14). El verbo hebreo que se usa aquí es el verbo jurídico del protector de los desvalidos y de las víctimas, aplicado también a Israel "rescatado" de la esclavitud cuando se encontraba oprimido por el poder del faraón.

El Señor es el principal "rescatador-redentor", y actúa de forma visible a través del rey-Mesías, defendiendo "la vida y la sangre" de los pobres, sus protegidos. Ahora bien, "vida" y "sangre" son la realidad fundamental de la persona; así se representan los derechos y la dignidad de todo ser humano, derechos a menudo violados por los poderosos y los prepotentes de este mundo.

3. El salmo 71, en su redacción originaria, antes de la antífona final a la que ya hemos aludido, concluye con una aclamación en honor del rey-Mesías (cf. vv. 15-17). Es como un sonido de trompeta que acompaña a un coro de felicitaciones y buenos deseos para el soberano, para su vida, para su bienestar, para su bendición, para la permanencia de su recuerdo a lo largo de los siglos.

Naturalmente, nos encontramos ante elementos que pertenecen al estilo de los comportamientos de corte, con el énfasis propio de los mismos. Pero estas palabras adquieren ya su verdad en la acción del rey perfecto, esperado y anhelado, el Mesías.

Según una característica propia de los poemas mesiánicos, toda la naturaleza está implicada en una transformación que es ante todo social: el trigo de la mies será tan abundante que se convertirá en un mar de espigas que ondean incluso en las cimas de los montes (cf. v. 16). Es el signo de la bendición divina que se derrama en plenitud sobre una tierra pacificada y serena. Más aún, toda la humanidad, evitando o eliminando las divisiones, convergerá hacia este soberano justo, cumpliendo así la gran promesa hecha por el Señor a Abraham: "él será la bendición de todos los pueblos de la tierra" (v. 17; cf. *Gn* 12, 3).

4. La tradición cristiana ha intuido en el rostro de este rey-Mesías el retrato de Jesucristo. En su *Exposición sobre el salmo 71*, san Agustín, interpretando precisamente este canto en clave cristológica, explica que los desvalidos y los pobres, a los que Cristo viene a ayudar, son "el pueblo de los creyentes en él". Más aún, refiriéndose a los reyes, a los que el salmo había aludido antes, precisa que "en este pueblo se incluyen también los reyes que lo adoran, pues no han renunciado a ser desvalidos y pobres, es decir, a confesar humildemente sus pecados y reconocerse necesitados de la gloria y de la gracia de Dios, para que ese rey, hijo del rey, los liberara del poderoso", o sea, de Satanás, el "calumniador", el "fuerte". "Pero nuestro Salvador ha humillado al calumniador, y ha entrado en la casa del fuerte, arrebatándole sus enseres después de encadenarlo (cf. *Mt* 12, 29); él "ha librado al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector". En efecto, ninguna otra potencia creada habría podido hacer esto: ni la de un hombre justo cualquiera, ni siquiera la del ángel. No había nadie capaz de salvarnos, y he aquí que ha

venido él en persona y nos ha salvado" (*Esposizione sul salmo 71, 14: Nuova Biblioteca Agostiniana*, XXVI, Roma 1970, pp. 809. 811).

Saludos

Saludo con afecto a los fieles de lengua española, en particular a los sacerdotes del Colegio pontificio Pío Latinoamericano, a la Universidad católica "Cecilio Acosta" de Maracaibo, a la Estudiantina de la Universidad autónoma de Querétaro, así como a los peregrinos españoles de Valladolid. Que el Señor conceda a todos una feliz Navidad y un año nuevo lleno de amor y de paz. Muy agradecido por vuestra presencia.

(En polaco)

Doy una cordial bienvenida a todos mis compatriotas. Saludo a mons. Kazimierz Nycz y a las autoridades civiles de Koszalin. Agradezco el gesto de benevolencia de vuestra ciudad. Saludo en particular a la peregrinación de Zakopane y a la orquesta militar de los alpinos de Podhale. Que Dios os recompense por los cantos y la música. Os agradezco los árboles de Navidad que traéis cada año, porque me recuerdan mi querido Podhale, las montañas y mi tierra. Llevad a vuestras casas y a vuestras familias este clima de la santa Navidad. Cristo os bendiga a todos. ¡Felices fiestas de Navidad, llenas de alegría!

(En italiano)

Saludo a los peregrinos de lengua italiana. En particular os saludo a vosotros, queridos fieles de la provincia autónoma de Trento, junto con vuestro arzobispo mons. Luigi Bressan, y a las autoridades civiles que os acompañan. Recuerdo con gratitud la cordial acogida que me habéis dispensado en mis breves pero intensas estancias entre vuestras bellas montañas. Hoy habéis venido a presentarme el grande y añoso árbol de Navidad instalado en la plaza de San Pedro, y los árboles colocados en esta sala, en el palacio apostólico y en otros lugares del Vaticano. Se trata de un don de vuestra provincia autónoma. Os doy las gracias. Gracias, especialmente, a cuantos han hecho posible este grato homenaje navideño, que recordará a los visitantes y a los peregrinos el nacimiento de Jesús, luz del mundo.

Saludo también a la delegación del Consejo regional de la Pulla, y expreso mi complacencia por el compromiso en favor de la defensa de la vida humana y en apoyo de la familia fundada en el matrimonio.

Por último, doy las gracias a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados* por su participación en este encuentro. Ojalá que todos lleguen a la solemne fiesta de Navidad con el corazón vigilante y preparado para acoger a nuestro Redentor.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana